



JUAN BOLEA

# La saga de los Forsyte

La pentalogía de Galsworthy, que se publica en una edición en castellano, abarca el cénit y el declive de la era victoriana.

DEBIDO, EN PARTE, a las pésimas traducciones con las que se ha venido enturbiando su límpido inglés, el premio Nobel de Literatura **John Galsworthy** no había tenido demasiada suerte en España. La traductora **Susana Carral** y el sello Reino de Cordelia acaban de reparar esa antigua afrenta ofreciendo a los lectores una portentosa edición en castellano de *La saga de los Forsyte*. El volumen –en mi modesta opinión, un acontecimiento cultural–, incluye cinco novelas: *El propietario*, *El veranillo de San Martín de un Forsyte*; *En los tribunales*; *Despertar* y *Se alquila*.

Su lectura, cuyo tempo abarca el cénit y declinación de la era victoriana, nos presenta un Londres colorista y vital, donde los Forsyte, con su extensa familia, representan la clase media que prospera con los negocios y va machihembrando sus virtudes y defectos con los de su sociedad. Un Forsyte podría identificarse, desde el punto de vista representativo, con “un inglés”, incluso con “lo británico”. Jolyon Forsyte hacía gala, por ejemplo, de una inconsciente solidez, de un equilibrio y carácter vital que lo convertirían –a él y a tantos otros como él– en la sala de máquinas del barco, en el núcleo de la nación. Jolyon alentaba esa clase de individualismo esencial engendrado por el aislamiento de su vida en el campo, pues el origen de los Forsyte era agrario.

Procedente de Dorset, el patriarca había llegado a Londres a principios del siglo XIX. El primero de los Forsyte era cantero de profesión; ya en la capital, fue ascendido a la categoría de maestro de obras. Solo tenía un rasgo aristocrático: bebía vino de Madeira. A su muerte, dejó 30.000 libras para repartir entre sus diez hijos.

Hacia 1880, los Forsyte, que habían heredado del fundador el talento para la construcción, ocupaban una cierta posición en Londres. Tenían acciones en toda



**Hasta ahora el Nobel de Literatura John Galsworthy no había tenido demasiada suerte en España**



clase de empresas. Coleccionaban cuadros y contribuían al sostenimiento de la Iglesia anglicana, de la que eran miembros.

También albergaban sentimientos, aunque no siempre los demostrasen. En *El veranillo de San Martín de un Forsyte*, el enamoramiento del viejo Jolyon, ya con 85 años, de su sobrina Irene, recién divorciada de Seamos Forsyte, reúne una sutileza, una intensidad, una alegría y una desesperanza de profundo aliento literario. El corazón del patriarca florece como los retoños de su jardín, mientras Irene, enamorada de otro hombre que ha muerto, se refugia como una flor bajo el tronco de ese anciano que ya carece de pasiones, “pero en el que la belleza que despierta la pasión actúa como en los viejos tiempos, hasta que la muerte cierre los ojos que ansían verla”.

Como otras grandes sagas de la literatura universal, los Buddenbrook (**Thomas Mann**) los Sartoris (**William Faulkner**), los Buendía (**Gabriel García Márquez**), o los Thibault (**Roger Martin du Gard**), los Forsyte de Galsworthy entran a vivir a la casa de sus lectores y se quedan en sus habitaciones, conviviendo con nosotros como los antepasados que nunca tuvimos o no llegamos a conocer. Siendo parte de nuestra familia de ficción, nuestro deber sería atenderles; o, lo que es lo mismo, leerles.